



Domingo, 24 de Octubre de 2004

La Lectura

Lucas 18: 9-14

La parábola que Jesús nos relata este día, nos muestra cómo y qué actitud debemos tener al orar y alabar a Dios. Muchas veces creemos que estamos orando bien, pero nada pasa. Veamos qué es lo que le pasó a un fariseo que se cree justo, cuando en realidad, es todo lo contrario.

Los personajes de este relato son dos: el fariseo y el publicano, ambos son personajes muy controvertidos en el contexto de Jesús. Los fariseos o “maestros de la ley”, eran como una especie de abogados de aquella época. Ellos conocían la “ley” mosaica (= de Moisés) al revés y al derecho, por lo cual siempre tenían alguna palabra de rechazo contra las acciones de casi todo el mundo, en especial, de Jesús, quien ciertamente no interpretaba la “ley” como ellos. Si hay una característica de un fariseo en los Evangelios, ésta es que ellos se creían justos y estaban totalmente seguros que tenían la razón. El publicano o “cobrador de impuestos” por su parte, era una persona muy mal vista, ya que era el encargado de cobrar los impuestos del pueblo para el Imperio Romano. Estas personas eran usualmente personas del mismo lugar, en este caso, judíos, por lo cual eran considerados como traidores. Además de esto, era común que ellos cobraran más impuesto del que debían, así que también se los atribuía el ser usureros y ladrones. Pero vamos a ver que este publicano va a ser distinto...

El relato es muy claro, primero que nada recordemos a quiénes dedicó Jesús esta parábola: «a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás». El fariseo cumple en 100 % ese rol, mientras que el publicano es todo lo contrario. El fariseo es egoísta, creído, se cree justo y encima se compara con el resto como si él nunca se equivocara en nada... El publicano en cambio, no tiene palabras, sólo sabe que es un pecador y pide misericordia a Dios. ¿Cómo nos paramos nosotros ante Dios al orar? ¿Qué tanto nos parecemos al fariseo? ¿Cuántas veces nos hemos creído justos cuando en realidad no lo somos ni lo seremos?

La oración a Dios debe nacer de la misma forma en la que debemos llevar nuestra vida como cristianos: de la *humildad*. A veces creemos que “merecemos” que Dios nos arregle la vida, o incluso, nos preguntamos porqué nos pasan cosas a nosotros si en realidad “somos buenos”. Así nunca vamos a conseguir nada de Dios ni de nadie. Esa actitud es la que nos separa de Dios y de nuestros hermanos en la fe. Lo único que quiere Dios es que confesemos nuestros pecados, pecados que no podemos esconder de Él. Dios quiere que nos demos cuenta que sin Él sólo somos simples

mortales, pero si estamos con Él, tenemos vida y vida eterna. Es por esto que cuando oramos y pedimos cosas a Dios, lo primero que debemos pedir es humildad: «Señor que se haga siempre tú voluntad sobre la mía»; y segundo, pedimos para que nos dé la fuerza y la esperanza para poder solucionar nuestros problemas en ayuda de nuestros hermanos: «Dame más fe Señor para confiar en tu Palabra y reconocer las señales que me indican el camino que debo seguir». No perdamos el tiempo pidiéndole a Dios que escriba un examen por nosotros o que cambie la nota de un parcial. Pidámosle fuerza para estudiar, para ser perseverantes en la fe y para ser portadores de su justicia en el mundo.

La Actividad

Actividad sugerida

Materiales: tanza o hilo resistente (app. 20 cms para cada uno), cuentitas o perlititas de colores: azul, rojo, blanco, amarillo, negro y verde para cada niño (2 a 3 de cada color para cada uno), podemos hacerla con 4 colores también para ayudar a la memorización. Armar un cartel con el significado que le daremos a los colores. Azul: Dios me ama y tiene un lugar preparado para mí. Negro: los pecados son las cosas malas que hago y que me alejan de Dios. Rojo: Jesús, el Hijo de Dios, ocupó mi lugar en la cruz y pagó por mis pecados para que sean perdonados. Blanco: Espíritu Santo, quien nos fortalece día a día y nos da la fe. Amarillo: leer la Biblia y orar me ayudan a crecer en la fe.

Compartimos el texto del Evangelio y su reflexión. Y comenzamos con la confección de su pulsera. Cuando la tengan lista, los invitamos a sentarse en círculo y les compartimos que la pulsera que hicieron tiene una historia para contar: cada color nos ayuda a recordar una verdad que se encuentra en la Biblia. Lo contamos como un cuento, comenzamos con el azul: “Dios nos ama y desea que seamos parte de su familia...pero hay un problema, pasamos al negro, este color nos recuerda que hay manchas en nuestra conducta, que hay cosas que hacemos que no agradan a Dios (pueden enumerar algunas), pero Dios desea perdonarnos porque nos ama mucho. Pasamos al rojo, este color nos cuenta que Dios nos ama tanto que eligió a su Hijo para que pagara por nuestros pecados. El blanco representa al Espíritu Santo, quien nos acompaña y nos apoya en el camino de la vida desde nuestro Bautismo, es la presencia de Dios en cada uno de nosotros. El amarillo nos recuerda lo importante que es conocer la Palabra de Dios en la Biblia, que nos habla de la historia de Dios con su pueblo y su actual caminar con su iglesia (nosotros), su nuevo pueblo. Es gracias a la Biblia que Dios se revela y siempre debemos tenerla cerca para que nos diga cuál es la voluntad de Dios para nosotros hoy”.

Esta pulsera nos puede ayudar para recordar lo importante que es Dios en nuestra vida, lo importante que es orar y arrepentirnos para ser salvos. Dios perdona todos los pecados, si me arrepiento de corazón. También podemos agradecerle siempre y ponernos en Su presencia, pidiendo ser humildes y hacer lo que Él quiere y no, lo que nosotros queremos. Además, nos sirve para contar a los demás el lugar que tiene Dios en nuestra vida.

Tenemos presente que...

Abdías

El libro de Abdías es el más corto del Antiguo Testamento. Fue escrito en la época del exilio y sobre su autor no tenemos dato ninguno personal. En su libro, de un capítulo y los 21 versículos que lo componen, casi la mitad (1-9) son paralelos a un texto de Jeremías (Jer. 49:7-22), si bien sigue un orden diferente.

El núcleo de este texto es un oráculo contra el país de Edom (nación ubicada al sur de Israel). Siempre habían sido difíciles las relaciones de Israel con ese país, la tensión fue máxima cuando los edomitas aprovecharon la ruina de Jerusalén para invadir Judea. Esto explica la violenta relación de Abdías, compartida por otros textos bíblicos que también hacen eco de la indignación de los israelitas frente a la traición de sus hermanos de raza.

El profeta clama por justicia de Dios y anuncia la revancha de Israel contra Edom. Este será destruido y, a la vez, varios territorios vecinos de ese país serán anexados al territorio de Judá. Así llegará el «Día del Señor» para todos los pueblos.

«Sí, como ustedes bebieron sobre mi Montaña santa, así beberán sin cesar todas las naciones: ¡beberán y se hartarán, y serán como si nunca hubieran existido!»

Abdías 16



Les recordamos que pueden encontrar este número de La Página Semanal, así como los anteriores, en la página Web de la IELU www.ielu.org. En la barra del costado izquierdo pueden ingresar al link llamado [Catequesis](#) y encontrarlos.



Iglesia Evangélica Luterana Unida
Marcos Sastre 2891 – C1417FYE Buenos Aires
Tel: 4501-3925 Fax: 4504-7358 catequesis@ielu.org